

## NO HUBO DECLARACIÓN DE GUERRA

Ignacio Alcaraz Cánovas  
Escritor

El 12 de diciembre de 1936 un submarino alemán, el *U-34*, a las órdenes del Teniente de Navío Harald Crosse, hundió mediante un torpedo, cerca del puerto de Málaga, al submarino republicano español *C-3*, que se hallaba en la superficie. Temeroso de que los barcos de guerra surtos en el Puerto salieran en su búsqueda, se sumergió y así anduvo hasta pasar el Estrecho de Gibraltar para refugiarse en la Base de Wilhelmshaven doce días después. No era la única acción de una guerra real aunque no declarada de Alemania contra la República española, pues otro submarino, el *U-33*, al mando del Teniente de Navío Karl Freiwald, patrullaba la costa levantina, desde el Cabo de Palos hasta el de la Nao, con inferior resultado al no encontrar ningún barco republicano al que atacar.

La colaboración de Alemania con la sublevación militar de julio anterior fue decisiva para el resultado final de la misma, pues así se incubó una guerra que hubiera podido evitarse de no mediar esta intromisión. Por supuesto, el hundimiento del *C-3* no fue la única operación naval ofensiva alemana. Con independencia del envío masivo de aviones de transporte a Marruecos para el traslado a la Península del ejército mercenario de África, la Armada germana mandó inmediatamente al Mediterráneo occidental a varios buques con la excusa de la evacuación de súbditos alemanes, aun cuando se sabía que el escaso número de éstos en el Protectorado no justificaba la presencia de tan descomunal medio logístico. No había transcurrido una semana desde el comienzo de la sedición, cuando ya se encontraban en el Estrecho de Gibraltar los acorazados *Deutschland*, *Admiral*, *Scheer* y *Graf Spee*, seguidos por los cruceros *Leipzig* y *Koln*, más cuatro barcos de apoyo. El propósito real de este conjunto era obstaculizar los movimientos de la Escuadra republicana, que navegaba junto al puerto de Ceuta para impedir el embarque y llegada a la Península de los soldados del Tercio y Regulares. El *Deutschland* se situó frente al Monte Hacho de Ceuta, para dificultar los movimientos del acorazado *Jaime I*. El buque alemán atracó el 2 de agosto en el puerto de Ceuta, donde desembarcó diverso

material de guerra. Un grupo numeroso de marinos acudió a Tetuán para cumplimentar al nuevo Alto Comisario, el General Francisco Franco. Así pudo éste convencerse de la colaboración de Hitler en el levantamiento militar, y le dio bríos para el llamado Paso del Estrecho, tres días después, para llevar a los puertos de Cádiz y Algeciras a un fuerte contingente de mercenarios del ejército de África. Fue entonces cuando tal certidumbre le permitió trasladarse el 7 de agosto a Sevilla para encabezar la marcha hacia la Capital de España. La Guerra Civil, convertida en Internacional, ya acababa de empezar

La elección del Protectorado como base para la rebelión fue criticada con energía por el Gobierno de la República presidido por José Giral. El 21 de julio manifestaba que “el aspecto más execrable de la sublevación que el gobierno combate es el de haber elegido para iniciarla territorios que no son de nuestra soberanía, sino pertenecientes a una zona cuyo Protectorado atribuyen a España Tratados internacionales”.

Según Ossorio y Gallardo, el gobierno perdió de hecho su autoridad en Marruecos desde el primer instante. Este suceso planteaba varias cuestiones, entre ellas la impotencia de España para cumplir las obligaciones que le imponían el acta de Algeciras y el Tratado hispano-francés de 1912, que obligaban a Francia a ocupar nuestra Zona de Protectorado en el caso previo de una alteración del orden político-militar de la misma.

Se especuló en aquellos días sobre una posible cesión de la zona de Protectorado. Los primeros contactos se iniciaron en diciembre, cuando el Ministro de Estado Álvarez del Vayo comenzó sus negociaciones con sus homólogos francés e inglés. Los embajadores Luis Araquistain y Pablo de Azcárate continuaron las conversaciones en París y Londres, respectivamente, tras lo cual se publicó el 9 de febrero un Memorándum en el que se afirmaba que “la República española está dispuesta a realizar unos sacrificios territoriales a favor de Francia y del Reino Unido, para que a su vez estas dos potencias realizaran concesiones territoriales a Alemania, con lo que se pondría fin a la guerra”. Se proyectaba con esta medida buscar una solución a la sangría que suponía la guerra civil. Por supuesto, la reacción franco-inglesa fue negativa en cuanto a dar continuidad al proyecto pacifista de la República.

Con anterioridad a estas fracasadas gestiones, en agosto Inglaterra, Francia, la URSS, Alemania, Italia y Portugal suscribieron el acuerdo llamado de NO INTERVENCIÓN, que todos cumplieron a excepción de los tres últimos países. Francia siempre fue a remolque de la decisión de Inglaterra en la materia, proclive a favorecer en todo momento a los rebeldes.

El general Vicente Rojo ha descrito a la No Intervención con justas palabras: “La No Intervención pesaba como una losa sobre la República, y en tanto se creaba en torno de ésta una atmósfera de aislamiento, nosotros podíamos recibir informes fidedignos relativos a las armas y pertrechos de guerra de todas clases que desembarcaban en los puertos del Cantábrico y del Sur. Veíamos crecer incesantemente los contingentes técnicos alemanes y los italianos que nutrían las divisiones de Gambara y contemplábamos cómo se sucedían en el aire los nuevos modelos de aviones italianos y alemanes salidos de la experiencia de nuestra guerra, para hacer nuevos experimentos en la carne y en la tierra española”.

Los alemanes crearon a finales de octubre la Legión Cóndor, al mando del General Von Sperl. Esta Unidad contó en todo momento con 100 aviones y otro material bélico de importancia. Sus aviones eran de todos los modelos fabricados por la industria aérea del Reich, y en España buscaban no sólo hacer daño a la República, sino también obtener la experiencia necesaria para futuros enfrentamientos en una guerra europea. El célebre Barón Rojo, Wolfram Von Richthofen, reconoció en sus *Diarios*, que “el liderazgo militar del bando de los sublevados estaba prácticamente en manos de la Cóndor”. De Hamburgo salían cada cinco días barcos con destino a los puertos españoles o al de Lisboa si se terciaba. Para los suministros urgentes se contaba con vuelos semanales que cubrían las necesidades logísticas de la Legión.

En diciembre, un avión alemán dañó seriamente en aguas del Estrecho al acorazado *Jaime I*, que tuvo que refugiarse en el puerto de Cartagena. Aviones de la Cóndor bombardearon, asimismo, la Ciudad de Guernica, que quedó arrasada con una serie de bombas de fósforo. El periódico alemán *Frankfurter Zeitung* de 30 de noviembre de 1938 reconoció que “nadie podrá negar que los inauditos sufrimientos del

pueblo español habrían terminado hace mucho tiempo si no hubiera existido la farsa de la No Intervención”.

El Mariscal Goering explicó en Nuremberg que “cuando estalló la guerra civil en España, Franco envió una llamada de auxilio a Alemania y solicitó apoyo esencialmente aéreo. Franco se encontraba detenido con su tropa en África y no podía pasar sus soldados a la Península puesto que la flota (republicana) estaba en poder de los comunistas. El Führer meditó atentamente sobre la situación. Yo insistí para que se concediera la ayuda a pesar de todo, en primer lugar para impedir una mayor extensión del comunismo y en segundo lugar para probar mi joven aviación en algunos aspectos técnicos”.

Con idea de compensar siquiera simbólicamente las aportaciones en hombres y material de Alemania e Italia a los rebeldes, se crearon en septiembre de 1936 las llamadas Brigadas Internacionales, un movimiento solidario inédito que atrajo a 35.000 voluntarios, hombres y mujeres, de 53 nacionalidades, siempre sin compensación económica. Su ayuda fue significativa durante los meses que duró la guerra tanto en los frentes de combate como en materia de sanidad y de propaganda en el extranjero de la causa republicana.

Pero por muy importante que fuera la ayuda alemana al levantamiento militar de 1936, la aportación italiana no le fue a la zaga, e incluso la superó en materia de aviación, número de hombres participantes en el combate, y sobre todo en la marina de guerra.

El historiador Ángel Viñas ha demostrado que existía un pacto anterior a la sublevación entre Mussolini y la derecha peninsular para cooperar en el caso de una insurrección contra el gobierno legítimo de la República. Italia dotaba mensualmente al partido de José Antonio Primo de Rivera con una subvención de 50.000 liras, incluso cuando éste se hallaba detenido en la cárcel de Alicante.

Como primera providencia, Mussolini envió doce trimotores Caproni y Savoias, al Protectorado español, para transportar al Ejército de África, a despecho del control que en el Estrecho de Gibraltar efectuaba la Escuadra republicana. Tres de los aviones no llegaron a

su destino, lo que permitió descubrir la intervención italiana, sin que los países democráticos reaccionaran ante la realidad de aquel envío. La llegada al Aeródromo de Tetuán (Sania Ramel) de estos medios de transporte, más los Junkers alemanes transformaron el dominio del aire, hasta entonces en manos de la República, en feudo de los facciosos. En efecto, desde el momento en que el general Franco decidió lanzarse a la captura de Madrid, la aviación rebelde apoyó el avance de las fuerzas marroquíes, con las que colaboró en Madrid y Toledo en su espectacular avance. Luego, esta asimetría aérea fue crucial en los restantes escenarios de la guerra civil, hasta la última Campaña de Cataluña, como se verá más tarde.

Los italianos formaron unidades completas en la que participaron hasta 130.000 soldados bajo el mando exclusivo de sus propios generales, Roatta, Bastico y Gambara, especialmente en Baleares, Málaga, todo el Norte y Cataluña. Muy sonada fue la derrota de Guadalajara, donde quedó claro el poco entusiasmo de los fascistas italianos, en una guerra que no les afectaba particularmente, salvo con miras a perfeccionar su preparación militar y “cosechar victorias para el Duce”. Para Mussolini, “el carácter italiano se tiene que formar en medio de la lucha”. Para el general Barletti, “la campaña española fue una continuación de la abisinia. Sin la colaboración española, jamás se podría convertir el Mediterráneo en el lago italiano que predecía el Duce”. El saldo de esta locura lo supusieron, según confesó el yerno de Mussolini, Ciano, los 6.000 muertos enterrados en cementerios particulares, de los que hoy quedan muestras en el Puerto del Escudo, Zaragoza y otros lugares.

Pero la aportación masiva fundamental de Italia en la guerra civil tuvo como protagonista la Marina. Desde el primer día los barcos de guerra italianos estuvieron al servicio de la sublevación. Como botón de muestra, el Gobierno republicano, después de la caída de Málaga, emitió el siguiente comunicado: fechado el 9 de septiembre de 1937. “No se trata ahora únicamente de que las fuerzas asaltantes figurasen contingentes numerosos de soldados extranjeros, y se utilizaran aviones, tanques y otro material de procedencia alemana e italiana, sino, además del descaradísimo auxilio prestado desde el mar por buques de guerra extraños a nuestra nacionalidad. A las 10 horas del día 7 salieron de Cartagena seis destructores, que iban como avanzada de la flota republicana, para ofrecer combate a los cruceros *Canarias*, *Baleares* y

*Almirante Cervera*, que junto con otros buques auxiliares cañoneaban el litoral malagueño. A las trece cincuenta, y cuando los destructores prestaban mayor atención para descubrir una de las dos barreras de submarinos extranjeros que les habían sido puestas en su ruta, avisaron al sur del cabo de Gata a los cruceros que, metiéndose a estribor, presentaron sus costados a los destructores, maniobra típica de ataque de cañón, lo cual hacía suponer a los marinos republicanos que se hallaban frente al *Canarias* y el *Baleares*, con cuya silueta es confundible a distancia de los cruceros referidos. Estos continuaron maniobrando en forma que robusteciese la creencia de que eran barcos facciosos. Los destructores españoles sostuvieron la constancia visual con ellos hasta el oscurecer. Durante tan largo intervalo los cruceros navegaron al máximo de su velocidad, siguiendo la ruta que sirviera para alejar a nuestros barcos de los lugares donde actuaban los auténticos barcos facciosos. Cuando por estimar propicia la hora nuestros destructores acortaron la distancia, los cruceros encendieron sus luces y proyectores, dándose a conocer como barcos italianos. Uno de ellos era del tipo Muzzio Attendolo y otro del tipo Armando. Semejante conducta, sin precedentes por lo que respecta a buques neutrales en la historia naval del Mundo, haciéndoles consumir el combustible para que no pudieran luego desplazarse hacia sus verdaderos objetivos e incluso lograr la dispersión de nuestra escuadrilla para atacarla al amparo de la superioridad entre las sombras de la noche”.

La declaración del Gobierno pormenorizaba después sobre los innumerables casos de intervención de buques de guerra alemanes e italianos, sobre todo en el litoral Mediterráneo. “La injerencia extranjera no abrevia la guerra. La alarga y la intensifica, poniendo además, cada día al margen del abismo la paz de Europa”.

El 31 de mayo de 1937 un acorazado alemán, el *Admiral Scheer*, acompañado de cuatro destructores, bombardeó la ciudad de Almería, ocasionando cerca de cuarenta muertos, doscientos heridos y el derrumbe de numerosos edificios. La agresión se debía al parecer a una venganza por el ataque aéreo sufrido por el acorazado *Deutschland*, que se encontraba en aguas territoriales españolas incumpliendo la normativa de la No Intervención, que exigía permanecer a un mínimo de 10 millas de la costa. El Ministro de Defensa convocó al Estado Mayor Central, que dirigía el entonces Coronel Vicente Rojo para analizar la situación

y dictar las recomendaciones al Gobierno. Rojo propuso el ataque a los buques alemanes para provocar un conflicto de mayor envergadura y arrastrar a la guerra a Francia, Inglaterra y a la Unión Soviética. El jefe del Gobierno, Juan Negrín, reclamó la presencia del Presidente de la República Manuel Azaña, que se opuso al proyecto del Estado Mayor. La mayoría del Gobierno, incluido los comunistas, también se negó y la propuesta de una declaración de guerra a la Alemania nazi no trascendió. En el aire quedaron las palabras de Vicente Rojo: “una reacción más firme, más enérgica y digna, y explotada atinadamente en el orden nacional y humano, hubiera podido provocar el verdadero levantamiento nacional contra nuestros verdaderos enemigos, los invasores”.

Hoy en día no es un secreto para nadie que la intervención por tierra, mar y aire de los ejércitos de Italia y Alemania tuvo una influencia decisiva en el final del conflicto bélico. Ya se conoce con detalle la importancia y características de esta intervención, equivalente a una declaración de guerra explícita a la República española. No sólo se sabe por los libros escritos por nacionales de los países involucrados, sino también por las manifestaciones verbales de los diversos protagonistas y dirigentes de cada nación, amén de los archivos puestos al descubierto una vez finalizada la II Guerra Mundial.

Benito Mussolini se consideró siempre en guerra con la República, aunque se guardó mucho de declararla, pues prefería que los bombardeos sobre poblaciones indefensas vulnerasen las leyes Internacionales a provocar reacciones indeseadas por parte de las potencias democráticas del Oeste Europeo. Desde Roma dirigió las operaciones militares de sus tropas en la Península, y tomaba las medidas conducentes a premiar o castigar a los que desfallecían en el empeño. Con un telegrama al General Valle, Jefe de Estado Mayor de la Aviación, decidió “iniciar... acciones violentas sobre Barcelona con bombardeos espaciados en el tiempo”. Así, en los meses de hostilidades, los cientos de aviones estacionados en Mallorca masacraron la retaguardia republicana ocasionando más de 5.000 muertos e inmensos destrozos físicos. Sobre Barcelona cayeron más de un millón de kilos de bombas con el solo fin de aterrorizar a la población.

La URSS, al comprobar la descarada intervención de Italia y Alemania más la prestada por Portugal y otras nacionalidades a los

rebeldes, se decidió a cooperar con las fuerzas gubernamentales, si bien esta ayuda, que casi desapareció a finales de 1937, tuvo siempre carácter limitado y sujeta a los problemas derivados de la No Intervención y del bloqueo de los puertos por las Marinas de aquellas Potencias. La ayuda no pagada se elevó a 120 millones de dólares. Pero la parte principal, las armas, aviones y tanques sobre todo, supusieron un total de 570 millones de dólares que se pagaron con oro del Banco de España. Este dinero cubrió también los devengos de asesores y especialistas, pilotos y conductores. Asimismo, la URSS proveyó al entrenamiento de los pilotos y tanquistas españoles que habrían de participar en la guerra civil.

La ayuda rusa desapareció prácticamente cuando Hitler, Mussolini, Chamberlan y Daladier sellaron la suerte de Checoslovaquia en los llamados Acuerdos de Munich en septiembre de 1938 y marcaron el triunfo de la política del “hecho consumado”.

Tras la resolución del problema checoslovaco, Hitler consideró llegado el momento de acabar con el español, que obstaculizaba sus planes ofensivos de futuro. Tras facilitar al general Franco todo el material que necesitaba para terminar con la guerra. En diciembre de aquel año comenzó la invasión de Cataluña con más 500 aviones de los mil que, según el yerno de Mussolini envió Italia a la Península durante la guerra.

Al otro lado del Atlántico, la actitud de los Estados Unidos estuvo dominada por un deseo de aislamiento y neutralidad. El Presidente Roosevelt, que nunca disimuló su simpatía por la causa republicana, tuvo que atenerse a una estricta imparcialidad, tanto por la presión de las firmas comerciales multinacionales, como por la propaganda llevada a término por las comunidades religiosas católicas y sus principales jerarquías eclesiásticas. Cuando tuvieron la oportunidad de vender aviones, el Departamento de Estado se negó alegando que “esto sería contrario a la política norteamericana”. Al mismo tiempo, y como la gasolina no se consideraba material de guerra, nunca se interrumpió el suministro a las autoridades insurgentes. Igual ocurrió con la venta de camiones y otros materiales que la General Motor y otras Sociedades enviaron al general Franco, a precios incluso inferiores al fijado por los alemanes e italianos.



Sólo México salió en defensa de la República. La Administración del Presidente Lázaro Cárdenas no dudó en dar su apoyo moral y material a los defensores de la legitimidad. Cuando pudo entregó armas, fusiles sobre todo, si bien en pequeña cantidad para las necesidades de una guerra declarada como fue la española. Años más tarde, consumado el final de ésta, México acogió a miles de compatriotas que encontraron en su nuevo País la salvación frente a las terribles represalias que les amenazaban en el propio.

El Ministro Álvarez del Vayo acudió con frecuencia a las reuniones de la Sociedad de Naciones en Ginebra, para exponer la situación real de las hostilidades. En su primera asamblea manifestó “que la sublevación no ha sido utilizada, sino provocada, por las potencias fascistas europeas, a fin de establecer en España un régimen político fascista que hará posible, para estas potencias, en su política internacional, utilizar a España con todo lo que ello representa, por sus recursos y su situación geográfica”. En otra ocasión, el representante británico Lord Cranborne, le contestó “que la paz europea era más importante que la suerte del Gobierno de Valencia”. A su vez el primer Lord del Almirantazgo, Alfred Duff Cooper declaró “que las cuestiones españolas no valían la vida de un solo marino Inglés”.

Para el historiador Ángel Viñas, “no hay comparación histórica sobre el abierto apoyo de Estado que prestaron las potencias fascistas y las ayudas más o menos encubiertas que Francia y otros países occidentales (pocos), otorgaron de modo vergonzante a la República, la No Intervención oficializó la farsa”.

Puede decirse sin embargo que Italia y Alemania declararon de hecho la guerra a España desde el mismo día que estalló la sublevación militar. No tiene pues nada de extraño que Rodolfo Llopis, Secretario de la Presidencia de largo Caballero, manifestara públicamente “que la guerra europea la podemos desencadenar nosotros cuando queramos, que no lo olviden los demás”.

El 2 de junio de 1938 Álvarez del Vayo señaló “que el Gobierno republicano estaba decidido a replicar a los continuos bombarderos sobre poblaciones civiles y que, preocupado por evitar sufrimientos a

los españoles, trasladaría sus respuesta a los lugares mismos de donde emanaron aquellas acciones, es decir, al extranjero”.

Lleva esto a pensar que la posibilidad de una declaración de guerra a las potencias atacantes rondó la cabeza de los dirigentes republicanos de la época, la única forma de acabar con la farsa de una situación cada día mas adversa para el bando defensor de la legalidad.

La reacción franco-británica, obstinada en el apaciguamiento del Estado alemán, era por supuesto contraria a tal medida, evidenciando las carencias que mostraba la República en el ámbito internacional. Tampoco la URSS mostró su apoyo a esta eventualidad. Supuso siempre Stalin que si ganaban los republicanos, la moderación del régimen, decididamente burgués hasta entonces, viraría hacia otro revolucionario, con la natural alarma de las potencias occidentales democráticas, mermando con ello una posible alianza con la URSS, como ambicionaba el Dictador soviético. Al final, la URSS terminó negociando en 1939 un Tratado de No Agresión con Alemania, ofreciendo en prueba de sinceridad el cadáver de la República española. Como dijo Indira Gandhi, “La República fue vendida porque le negaron el derecho a defenderse”.

A sabiendas de que hacer historia-ficción no lleva a ninguna parte, es obvio significar que la hipotética declaración de guerra por parte de España a las potencias que tan groseramente intervenían en el suelo peninsular en apoyo de los insurgentes, hubiera marcado un antes y un después en la guerra civil.

Es lógico pensar que los enfrentamientos militares hubieran continuado sin alteración sobre lo que en realidad estaba ocurriendo en los frentes de combate. Ni las potencias democráticas hubieran movido un dedo en tal sentido. Pero el simbolismo desesperado de tal medida hubiera conservado su valor cuando, durante el transcurso de la inevitable y próxima II Guerra Europea, más tarde Mundial, quedara demostrado que la guerra civil española fue en realidad la primera batalla de aquélla, y el preludio de la definitiva desaparición del Eje Roma-Berlín.